

EL AMBIENTE CULTURAL Y LITERARIO DEL 98

José Manuel CABRALES ARTEAGA
UNED Cantabria

El marco histórico

España contaba hacia 1898 con 18 millones de habitantes, el 65 por ciento de los cuales eran analfabetos. La esperanza de vida rondaba los 35 años. Y el número de universitarios se aproximaba a la cifra de 16.000. En cuanto a las ciudades, sólo Madrid y Barcelona superan los 500.000 habitantes. Es la época en que se construyen los ensanches urbanos tras la demolición de las murallas; se está instalando la iluminación de modo que las ciudades se convierten en espacios de bullicio, diversión y bohemia. Los toros y la zarzuela constituyen los principales entretenimientos; al tiempo se generaliza la Prensa ilustrada, lo que supone el incremento de oportunidades para dibujantes y artistas.

La Iglesia representa un importante poder social; veamos estos datos: hay 294 colegios masculinos y 910 femeninos a comienzos de siglo. Se acometen importantes obras de arquitectura religiosa como la catedral de la Almudena (1884), la Sagrada Familia (1888), la Universidad de Deusto (1886) o la catedral del Buen Pastor en San Sebastián (1897). En 1904 el Seminario de Comillas pasa a convertirse en Universidad Pontificia. Se celebran seis congresos católicos entre 1889 y 1902. La religión cuenta además con poderosas figuras intelectuales, como Menéndez Pelayo en el ámbito de la filosofía y Coloma, Alarcón o Pereda en el de la novela.

Corrientes de opinión

Encontramos en los años del cambio de siglo algunas corrientes de opinión especialmente relevantes:

A) El Krausismo: toma su nombre de Krause (1781-1832), un filósofo alemán de segunda fila, cuyas ideas influyeron en el profesor Julián Sanz del Río (1814-1869), quien las introdujo en España; aquí se creó un destacado grupo de intelectuales krausistas, entre los que destacó Francisco Giner de los Ríos, fundador en 1876 de la Institución Libre de Enseñanza, proyecto educativo renovador, que durante sesenta años ejerció un notable influjo en la cultura española.

En sus escritos los krausistas defienden la reforma de la sociedad mediante la educación de la persona desde la infancia al margen de dogmatismos religiosos, potenciando los valores éticos y el conocimiento a través de la experiencia. Estas ideas fueron duramente contestadas por el grupo de pensadores católicos, encabezados por Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), el más fecundo ensayista español del siglo XIX. El adversario era

pues la Escolástica tradicional y dogmática. Se defiende además una actitud ética; en la educación: ejercicios físicos; excursiones al campo; arte y folclore, contacto personal entre profesor y alumno. Se trata de formar una minoría culta y europeizada. Filosofía: predominio de la razón como transformadora de la realidad. Religiosidad racional que completa fe con razón. Libertad de creencias. Política: sistema parlamentario liberal y democracia. Economía: el Estado debe intervenir para limitar la propiedad privada.

B) A partir de la mentalidad krausista se producirá la polémica sobre la Ciencia Española: Al iniciarse el último cuarto del siglo llega a su culminación la polémica en torno a un tema que ya se había tocado a mediados del XVIII: la supuesta incapacidad de los españoles para las tareas científicas y su disposición casi exclusiva para el arte, la literatura o la teología. La cuestión rebrota con fuerza en pleno auge del positivismo a raíz de un artículo del krausista Gumersindo de Azcárate, replicado por Menéndez Pelayo en los dos tomos de *La Ciencia Española*, completo catálogo de los españoles que hasta el momento destacaron en el ámbito científico.

C) El Regeneracionismo: Como consecuencia de la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico en 1898 surge ya al filo del cambio de siglo un movimiento ideológico que reacciona contra el sistema político de la Restauración, plantea un debate sobre las reponsabilidades de gobernantes y militares, al tiempo que defiende la regeneración de la vida pública española. Sus principales representantes fueron Angel Ganivet (1865-1898) y Joaquín Costa (1844-1911) quien en 1896 demandaba canales de riego; caminos baratos; apertura de mercados para la producción agrícola; autonomía administrativa de los municipios para luchar contra el caciquismo; seguros y mutualidades para labradores y braceros; créditos agrícolas; mejora de la instrucción primaria elevando la condición de los maestros; acabar con la guerra de Cuba. Todo ello se resumía en su famosa frase: "*Escuela y despensa*".

Manifestación específica del ensayismo político en el último tercio del siglo fue la oratoria parlamentaria, que incorporó a la prosa didáctica el peculiar estilo de la persuasión oral. Destacó en este campo Emilio Castelar (1832-1899), historiador, presidente de la Primera República, cuyos discursos han quedado como ejemplo de oratoria barroca y floreada.

El desastre

En este marco surge la guerra contra los Estados Unidos a propósito de la insurrección de los territorios ultramarinos de Cuba y Filipinas. No es éste el lugar para analizar los aspectos propiamente militares del conflicto. Digamos simplemente que a Cuba viajaron 220.285 hombres entre febrero de 1895 y mayo de 1898, en lo que puede considerarse la mayor fuerza militar que atravesó el Atlántico con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, lo cual habla de la capacidad de España para movilizar sus recursos. Se produjeron a lo largo de la guerra entre 80.000 y 100.000 bajas, casi siempre a consecuencia de enfermedades o de la penosa repatriación marítima y no tanto por acciones en combate. La derrota producirá en España un efecto similar a las humillaciones sufridas por Francia en la guerra franco-prusiana de 1870 e Italia tras el llamado Desastre de Adua en 1896, hasta el punto de que se plantea la cuestión de la inferioridad de los países latinos frente a los sajones o germánicos, en una serie que se extiende

a la contraposición entre catolicismo y protestantismo, religión y ciencia o los distintos papeles que juegan en la dinámica del progreso el cura y el maestro.

La crisis de fin de siglo: Modernismo y Generación del 98

La literatura occidental en los años inmediatos al cambio de siglo se ve invadida por un sentimiento de pesimismo y desencanto: se desconfía del positivismo, de la fe ciega en la razón, la ciencia y el progreso material, auspiciados por los cultivadores del Realismo y del Naturalismo. Por el contrario florecen las teorías irracionalistas, la exaltación del sentimiento, la evasión a épocas y lugares en los que el ser humano no había sido aún eclipsado por el peso de la técnica y la creciente automatización.

Los escritores cercanos a estos planteamientos se autodenominan decadentes, pero el movimiento recibirá otros nombres en los distintos países. En la América hispana se acuña el término Modernismo, que no tardará en pasar a este lado del Atlántico; sin embargo en España el decadentismo se asocia también al sentimiento de desencanto surgido tras el desastre colonial del 98, que dará lugar a la reacción de un grupo de escritores reunidos bajo el rótulo de grupo del 98.

Modernismo y 98 coinciden pues en el espacio, el tiempo, bastantes rasgos y algunos cultivadores -como Antonio Machado o Valle Inclán- aunque durante décadas se les ha estudiado como movimientos paralelos y hasta contrapuestos. A continuación pasaremos revista a cada uno de ellos, teniendo en cuenta que la principal diferencia entre ambos estriba en la dimensión internacional y cosmopolita del Modernismo, frente a la preocupación esencial por el tema de España propia de los del 98, acentuada por las consecuencias del desastre colonial.

El Modernismo

El movimiento surgió en Hispanoamérica; en España se introdujo de la mano del poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), cuyo libro *Azul* (1888) supuso para la poesía española el comienzo de una renovación que muchos equiparan a la que Garcilaso de la Vega llevó a cabo en el siglo XVI, al introducir la poética renacentista. Conviene tener en cuenta que en los orígenes del Modernismo se integran dos escuelas poéticas ampliamente cultivadas en Francia:

- el Parnasianismo buscaba en el arte belleza, disciplina, equilibrio y rigor formal. De allí procede la afición modernista por el verso brillante, bien construido y la equiparación del poema a una estatua de perfección clásica.

- al Simbolismo -vertiente poética del impresionismo pictórico- perteneció Paul Verlaine, venerado por Darío como su principal maestro. Para los simbolistas la poesía debe estar presidida por la musicalidad y el intimismo, pero valiéndose de la sugerencia a través de símbolos bien escogidos, y no en las declaraciones explícitas por parte del poeta, al estilo de los románticos.

En las dos décadas siguientes Darío -que desempeñó puestos diplomáticos y periodísticos en París y Madrid- se convierte en el más influyente escritor de las letras hispánicas, además de la viva representación del Modernismo. El movimiento -cuyo objetivo central sería la búsqueda de la

belleza junto con la evasión de la realidad cotidiana- supone una absoluta renovación de la expresión literaria en torno a tres aspectos fundamentales:

-Temas: ambientaciones alejadas de la realidad cotidiana: Grecia clásica, la Francia de Versalles, la Edad Media, culturas precolombinas. Así mismo en el poema aparecen objetos exóticos: unicornios, cisnes, jardines franceses, abates, clavicordios; exaltación de la figura del creador -poeta o artista- como depositario de ese supremo ideal de la búsqueda de la belleza; erotismo, concebido como superación de prejuicios burgueses y simbolizado a menudo con personajes de la mitología clásica; progresivo acercamiento a la realidad indígena (Caupolicán, los araucanos, Moctezuma) y a la Edad Media hispanocristiana, símbolos de la nostalgia por un pasado legendario e idealizado.

-Lenguaje literario: concepción del lenguaje literario como algo diferente al lenguaje común: la palabra es el principal instrumento para crear belleza; como consecuencia de ello el lenguaje se carga de cultismos, adjetivación brillante colorista y sensorial, metáforas embellecedoras, sonoridades espléndidas, a base del afortunado uso de la aliteración, la onomatopeya y las reiteraciones acentuales.

-Métrica: se recuperan metros olvidados, como el viejo alejandrino medieval o el dodecasílabo. También se crean otros nuevos, como los de die-ciséis y veintiuna sílabas; se modifican con libertad plena estrofas consagradas, como el soneto o el romance; a la sonoridad del verso contribuyen las asonancias internas y las rimas agudas o esdrújulas.

Veamos como se combinan muchos de estos recursos en un fragmento de la *Sonatina*, el más conocido quizá de los poemas de Rubén Darío:

*La princesa está triste...¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.
El jardín puebla el triunfo de los pavos reales,
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión[...]
Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur,
Y están tristes las flores por al flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.
-¡Calla, calla, princesa -dice el hada madrina-
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!*

La influencia del poeta nicaragüense prendió pronto en España; surgieron entonces una serie de poetas -como Manuel Machado, Villaespesa o el joven

Juan Ramón Jiménez- y dramaturgos -Eduardo Marquina, el primer Valle-Inclán- que adoptaron la estética modernista, aunque casi siempre subordinando la retórica ornamental a la expresión de la intimidad del creador. Otros autores -como Antonio Machado- se inclinaron por la vertiente más austera y comprometida de la modernidad, desembocando en lo que se conoce como Generación del 98.

La Generación del 98

En una serie de artículos publicados en 1913 propone Azorín esta denominación para un amplio grupo de escritores entre los que se encuentran Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Rubén Darío y él mismo. Sus rasgos definitorios serían la rebeldía frente a las corrupciones políticas de la Restauración que desembocaron en la pérdida de las colonias, la reivindicación de la figura de Larra y el intento de redescubrir aspectos olvidados de la cultura española: los viejos pueblos y ciudades, el paisaje, los escritores medievales o el lenguaje tradicional y castizo.

Se ha discutido mucho con posterioridad tanto el término generación aplicado a los del 98 como la nómina de sus autores, dado que algunos de ellos nunca aceptaron pertenecer a ninguna generación. Sin embargo hay cuatro características comunes que resumimos a continuación:

- La cuestión religiosa: la mayoría de estos escritores no son creyentes en el sentido ortodoxo, aunque se advierte en sus obras -en especial en el caso de Unamuno- una honda preocupación por el sentido de la vida, el destino del hombre tras la muerte y una nostalgia evidente por la fe de las gentes sencillas.

- El tema de España constituye la columna vertebral del grupo. A todos ellos “les duele España”, según la famosa frase de Unamuno, aunque la amen profundamente. De ahí que el análisis de la realidad nacional se realice desde distintos planos:

a) crítica a la sociedad, en especial a las clases gobernantes. Lo cual se tradujo en cierta exaltación del autoritarismo y la Antidemocracia, en donde se aprecia el influjo de Nietzsche. Recordemos estas palabras de Baroja: “Hay algo que se llama Democracia, una especie de benevolencia de unos por otros que es como la expresión del estado actual de la humanidad, y ésta no se puede denigrar; esa democracia es el resultado del progreso. La otra democracia, de la que tengo el honor de hablar mal, es la política, la que tiende al dominio de la masa, y que es un absolutismo del número, como el socialismo es un absolutismo del estómago”. De hecho, algunos de ellos hablaron con militares defendiendo dictadura ilustrada, en la línea de La rebelión de las masas de Ortega y Gasset.

b) emoción ante la belleza de las tierras y los pueblos, cuyos paisajes se contemplan con emoción, si bien no se ahorran críticas al atraso de los campesinos, entre los cuales la envidia y la insolidaridad -el cainismo- representa uno de los vicios nacionales. Atención especial merece Castilla -protagonista de innumerables poemarios, ensayos, novelas y libros de viajes- a la que consideran esencia y compendio de la nación española.

c) Visión crítica de la historia nacional, en la que encuentran el origen de la postración presente. Frente a ella reivindican el concepto de intrahistoria, representado por las costumbres y modos de vida de los individuos

anónimos que viven de la misma manera desde tiempo inmemorial, ajenos a las modas o los vaivenes de la historia. Veamos a este respecto una conocida cita de Maeztu acerca del problema de España:

Rápidamente se fue dibujando ante nuestros ojos el inventario de lo que nos faltaba. No hay escuelas, no hay justicia, no hay agua, no hay riqueza, no hay industria, no hay clase media, no hay moralidad administrativa, no hay espíritu de trabajo, no hay, no hay, no hay... ¿Se acuerdan ustedes? Buscábamos una palabra en que se compendiaran todas estas cosas que echábamos de menos. “No hay hombres”, dijo Costa; “No hay voluntad”, Azorín; “No hay valor”, Burguete; “No hay bondad”, Benavente; “No hay ideal”, Baroja; “No hay religión”, Unamuno; “No hay heroísmo”, exclamaba yo, pero al día siguiente decía: “No hay dinero”, y al otro “No hay colaboración” [...] Al cabo ha surgido la pregunta. Al cabo, España no se nos aparece como una afirmación ni como una negación, sino como un problema. ¿El problema de España? Pues bien, el problema de España consistía en no haberse aparecido anteriormente como problema, sino como afirmación o negación. El problema de España era el no preguntar (*Hacia otra España*, 1899).

d) Lo mejor del espíritu español se encuentra también en la tradición medieval: la literatura de Berceo, el Arcipreste de Hita o Jorge Manrique; los pequeños pueblos castellanos con sus viejas iglesias románicas.

- al igual que los regeneracionistas, los del 98 subrayan la importancia de la ciencia y la educación para el progreso del país. Vale la pena recordar estas palabras del *Manifiesto de los Tres* (1901):

"[Hay que] Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales, unas comunes a todos los países, otras peculiares a España, es nuestro deseo. Poner al descubierto las miserias de la gente del campo, las dificultades y tristezas de millares de hambrientos, los horrores de la prostitución y del alcoholismo; señalar la necesidad de la enseñanza obligatoria, de la fundación de cajas de crédito agrícola, de la implantación del divorcio como consecuencia de la ley del matrimonio civil. Y después de esto llevar a la vida las soluciones halladas, no por nosotros, sino por la ciencia experimental."

En consecuencia, en 1900 se crea el Ministerio de Instrucción Pública. Desde 1911 los maestros son dignificados por Romanones recibiendo un sueldo con cargo a los Presupuestos del Estado, con lo que se acababa con la práctica denigrante de que tuvieran que vivir del estipendio aportado por los alumnos o los adinerados caciques locales.

- distanciamiento con respecto a la generación realista y entronque con los maestros del irracionalismo y subjetivismo europeos; en especial Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard.

- frente al poderoso artefacto verbal modernista, los del 98 cultivan un lenguaje natural y antirretórico, con predilección por las palabras apegadas a la tierra, capaces de reflejar ajustadamente las formas de vida tradicionales.

Integrantes de la Generación

Por el hecho de morir en 1898, suele considerarse precursor de este grupo al diplomático Angel Ganivet (Granada, 1865), autor de novelas y

ensayos -como el *Idearium español*- donde analiza con sagacidad la causa de los males de España.

Por lo demás, enseguida tendremos ocasión de acercarnos a la obra de Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclán, Antonio Machado y José Martínez Ruiz, que firmó sus obras con el pseudónimo de Azorín. Conviene mencionar también el nombre de dos figuras de notable relevancia en la literatura del primer tercio de siglo:

- El dramaturgo Jacinto Benavente (1866-1954) creador de la comedia burguesa que presidirá la escena española durante décadas. Obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1922.

- Ramiro de Maeztu (1874-1936) periodista polémico y radical que evolucionará hacia posiciones conservadoras, desde las que escribió ensayos en defensa de la España imperial y católica. Destacan sus inteligentes interpretaciones de los tres grandes mitos de nuestra literatura: el Quijote, Don Juan y la Celestina.

Vale la pena repasar a sus figuras principales con sus aportaciones más significativas: Dentro del Modernismo emerge la obra poética de Rubén Darío -presidida por el tema amoroso- que se agrupa en torno a tres libros esenciales: *Azul* (1888) significó la carta de presentación del nuevo movimiento. *Prosas profanas* (1896) supuso el apogeo de lo que se ha llamado “modernismo de torre de marfil”: aristocratismo, sensualismo, musicalidad, innovaciones métricas y alejamiento del contexto social hispanoamericano para situarse en ambientes foráneos, en especial la Francia del XVIII o la antigüedad greco-latina. *Cantos de vida y esperanza* (1905) marca el paso hacia una poesía intimista, menos “adornada” pero más profunda. Frente al cosmopolitismo anterior, el poeta ha tomado conciencia de sus raíces americanas y españolas.

El Modernismo en España: Manuel Machado

La obra poética de Manuel Machado (1874-1947) se ha visto injustamente relegada por la inevitable comparación con la de su hermano Antonio, si bien en los últimos años asistimos a su justa reivindicación por parte de las nuevas generaciones poéticas.

En sus poemas encontramos una afortunada síntesis de influencias francesas -la musicalidad de Verlaine, la perfección formal parnasiana- con ecos del modernismo rubeniano y la presencia del elemento andaluz, que Machado tuvo siempre presente a través de sus conocimientos del folklore de su tierra natal, la amistad con toreros y el amor por el cante gitano. Todo ello se traduce en dos líneas de creación que el autor cultiva con idéntica gracia verbal y capacidad sugeridora: la vertiente propiamente modernista, culta o cosmopolita en la que se inscribe *Apolo* (1911), espléndida colección de sonetos inspirados por obras maestras de la pintura. Y la vertiente andalucista y popular, cuyos hitos fundamentales son *Cante hondo* (1912) y *El mal poema* (1909), conjunto de poemas deliberadamente prosaicos, que constituye su título más apreciado por la crítica actual. De ambas tendencias hemos seleccionado una muestra:

Carlos V

El que en Milan nieló¹ de plata y oro
la soberbia armadura; el que ha forjado
en Toledo este arnés; quien ha domado
el negro potro del desierto moro...

El que tiñó de púrpura esta pluma
-que al aire en Mülberg prepotente flota-,
esta tierra que pisa y la remota
playa de oro y de sol de Moctezuma...

Todo es de este hombre gris, barba de acero,
carnoso labio, socarrón y duros
ojos de lobo audaz, que, lanza en mano,
recorre su dominio, el orbe entero,
con resonantes pasos, y seguros.
En este punto lo pintó Tiziano.

¹ Nielar: adornar con relieves luego rellenos de esmalte.

Valle-Inclán y la creación del *Esperpento*

En la actualidad hay unanimidad en considerar a Valle Inclán como el más importante dramaturgo español del siglo XX y uno de los grandes renovadores del teatro contemporáneo. Ello se debe a la creación de una nueva forma de reflejar la realidad denominada esperpento. Sin embargo antes de llegar a esta fase de su producción -a partir de 1920- la trayectoria de Valle siguió un recorrido fecundo, en el que destaca la tendencia a superar la estética al uso y los convencionalismos burgueses, tanto en lo referente al lenguaje como a la acción dramática.

En este sentido sus piezas presentan abundante nómina de personajes, variedad de escenarios, muchos de ellos exteriores -a diferencia de los cómodos interiores benaventinos- acotaciones dramáticas irrepresentables, de alto valor literario y un lenguaje de extraordinaria riqueza.

Buena parte de la originalidad de Valle radica en la forma de concebir a sus personajes; a este respecto vale la pena citar las afirmaciones que realizó en la entrevista que le hizo Martínez Sierra para el diario *ABC*:

“[...] hay tres modos de ver el mundo artística o estéticamente: de rodillas, en pie o levantado en el aire. Cuando se mira de rodillas -y esta es la posición más antigua en la literatura- se da a los personajes, a los héroes, una condición superior a la condición humana, cuando menos a la condición del narrador o del poeta. Así, Homero atribuye a sus héroes condiciones que en modo alguno tienen los hombres. Hay una segunda manera, que es mirar a los protagonistas novelescos como de nuestra propia naturaleza, como si fuesen nuestros hermanos, como si fuesen ellos nosotros mismos [...] Esta es, indudablemente la manera que más prospera. Esto es Shakespeare, todo Shakespeare... Y hay otra tercera manera, que es mirar al mundo desde un plano superior y considerar a los personajes de la trama como seres inferiores al autor, con un punto de ironía. Los dioses se convierten en personajes de sainete. Esta es una manera muy española [...] Quevedo tiene esa manera. Cervantes, también. A pesar de la grandeza de Don Quijote, Cervantes se cree más cabal y más cuerdo que él, y jamás se emociona con él... Y esta consideración es la que me movió a dar un cambio en mi literatura y a escribir los esperpentos, el género literario que yo bautizo con el nombre de esperpentos¹.”

Pero Valle se inicia en las tablas a través de una serie de “poemas dramáticos” de carácter modernista, en verso sonoro y ambientados en la Edad Media, ya sea en jardines provenzales (*Cuento de abril*) o en las montañas navarras en guerra contra el invasor (*Voces de gesta*). Viene a continuación el ciclo de las *Comedias Bárbaras*, en las que se escenifican las brutales actividades del hidalgo don Juan Manuel Montenegro y sus violentos hijos en el marco de una Galicia rural y primitiva. Abundan hechicerías, supersticiones, sacrilegios, crueldad y muerte, rasgos que alejan estas obras -*Águila de blasón*, *Romance de lobos* y *Cara de Plata*- del teatro que por entonces triunfaba en los escenarios. Sigue el ciclo de las Farsas: el autor utiliza elementos procedentes del guiñol y del teatro de marionetas, pero sobre todo descubre el humor para ridiculizar -todavía de forma amable y desenfadada- comportamientos de la nobleza, matrimonios desiguales o la corte de Isabel II (*Farsa y licencia de la reina castiza*). Estamos ya a las puertas de la deformación sistemática y caricaturesca que supone el esperpento, cuya primera manifestación -que más adelante comentaremos- se produce en 1920 con *Luces de bohemia*.

La palabra en el tiempo de Antonio Machado

El sevillano Antonio Machado (1875-1936) es uno de los escasos poetas capaz de emocionar incluso a los poco aficionados a la poesía, y representa además un ejemplo admirable de equilibrio entre compromiso personal y exigencia artística. Educado en la Institución Libre de Enseñanza, pasó luego una larga temporada en París -en compañía de su hermano Manuel- como traductor de la casa Garnier. En 1907 obtuvo la cátedra de francés en el Instituto de Soria; allí se casa con la joven Leonor y se deja cautivar por el paisaje castellano. La muerte de su mujer en 1912 le impulsa a trasladarse a Baeza y Segovia. A comienzos de los años 30 participa en actos en favor de la República; al estallar la guerra civil permanece en la zona republicana, colaborando en labores de propaganda. En enero de 1939 pasa al pueblecito francés de Collioure, donde fallece el 22 de febrero del mismo año.

Su trayectoria poética aparece marcada por el itinerario del yo al nosotros, o lo que es igual, del individualismo a la solidaridad. Así su primer poemario -*Soledades, galerías y otros poemas* (1907)- aparece como una meditación sobre el paso del tiempo, la memoria, la juventud y la infancia perdidas, los sueños o el amor ausente, efectuada por un yo poético taciturno y solitario que se expresa en un tono melancólico. Se reiteran términos que aluden a la melancolía (“*hastío*”, “*monotonía*”, “*bostezo*”, “*amargura*”), pero al tiempo encontramos ya los símbolos que caracterizan toda su poesía: el camino=la vida humana; la intimidad=el jardín; el río=la vida que fluye. He aquí uno de estos breves y bellísimos poemas:

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean...
En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

Campos de Castilla (1912) es el libro más famoso del autor; de él proce-

den casi todos los poemas a los que Joan Manuel Serrat puso música en un celeberrimo disco a mediados de los 70. Aquí el interés de Machado se ha desplazado se la propia melancolía hacia tres realidades que configuran los temas principales del texto:

- el paisaje castellano, soriano, descrito con imágenes memorables.
- el amor y el dolor por la pérdida de su esposa, cuyo recuerdo se asocia en numerosas ocasiones al paisaje.
- interés en la regeneración de España; como otros noventayochistas, Machado denuncia los defectos del campesino castellano/español (vengativo, envidioso); la ociosidad del “hombre del casino provinciano” y en general, la mentalidad de una “España de charanga y pandereta”.

Un paso más se alcanza con *Nuevas canciones* (1924) y el *Cancionero apócrifo*, donde la personalidad del poeta parece diluirse para expresar saberes objetivos en composiciones muy breves, de estructura cercana a la copla popular, que sirven para proclamar sentencias o pensamientos filosóficos:

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.
Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.

Por último, durante la guerra civil Machado escribe poemas de exaltación patriótica republicana cuya calidad no pasa de discreta, pero que marcan la definitiva conversión del poeta a la causa de la justicia y la solidaridad. Desde 1928 compuso las *Canciones a Guiomar*, textos inspirados por su relación amorosa con Pilar Valderrama; resultan conmovedores los que aluden a la separación que la guerra había impuesto a los amantes.

La obra total de Juan Ramón Jiménez

Juan Ramón Jiménez (1881-1958) representa la cima de la poesía contemporánea en lengua española, y uno de los nombres fundamentales de la lírica universal del siglo XX, como se reconoció en 1956 con la concesión de Premio Nobel de Literatura.

Perteneciente a una familia acomodada de Moguer (Huelva) Juan Ramón mostró desde muy temprano una vocación poética obsesiva y excluyente, así como un extraordinario talento para componer versos. Con este bagaje desarrollará una trayectoria creativa en la que influyen poderosamente ciertos rasgos de su personalidad:

- el repentino fallecimiento de su padre le produce una honda conmoción, que se traducirá a partir de entonces en miedo obsesivo a la muerte y en un permanente anhelo de inmortalidad, perceptible en toda su obra de madurez.

- carácter en extremo susceptible, lo que al lado de grandes entusiasmos le llevaba a resentimientos viscerales contra quienes -en su opinión- no tenían en suficiente aprecio su obra. Por esta causa se enemistó con no pocos poetas del 27, que le habían reconocido hasta los años 30 como maestro supremo.

- dedicación absoluta a su Obra -considerada y escrita así por él, con mayúscula- formada por libros en verso y en prosa, a los que Juan Ramón

someterá a lo largo de toda su vida a un constante proceso de revisión, depuración y reorganización en busca de la armonía perfecta.

Su trayectoria poética -amplia y fecunda como pocas- aparecía ya en 1918 resumida por el autor en estos versos:

Vino, primero, pura.
 Vestida de inocencia.
 Y la amé como un niño.
 Luego se fue vistiendo
 de no sé qué ropajes.
 Y la fui odiando, sin saberlo.
 Llegó a ser una reina,
 fastuosa de tesoros...
 ¡Qué iracundia de yel y sinsentido!
 ...Mas se fue desnudando.
 Y yo le sonreía.
 Se quedó con la túnica
 de su inocencia antigua.
 Creí de nuevo en ella.
 Y se quitó la túnica,
 y apareció desnuda toda...
 ¡Oh pasión de mi vida, poesía,
 desnuda, mía para siempre!

Así pues, dentro de la obra en verso de Juan Ramón cabe distinguir cuatro etapas principales:

1) La primera época (1898-1915) viene marcada por la inspiración romántica y modernista; una rigurosa perfección formal sirve de vehículo para expresar con reiteración sentimientos de melancolía, soledad, ensueños de amor y tristeza en un tono cercano al decadentismo. Citemos títulos como *Arias tristes* (1903) y *Jardines lejanos* (1904). Hacia 1915 el libro *Estío* marca el camino hacia la sencillez.

2) En 1916 Juan Ramón emprende un viaje en barco a Nueva York para casarse con Zenobia Camprubí. La contemplación de la inmensidad del mar y del cielo frente a la pequeñez de su ser le produjo una gran exaltación, fruto de la cual surge el *Diario de un poeta recién casado*, libro llamado a revolucionar la lírica española de la época.

Junto a la meditación sobre la eternidad y el instante, este poemario incluye textos amorosos y reflexiones sobre la civilización norteamericana; pero lo fundamental es que el autor se decanta ya por la poesía desnuda, a la que podría definirse como el deseo de expresar exáctamente lo sentido, de forma sencilla, breve, prescindiendo de la adjetivación y ornamentación inútiles. Se inicia así una etapa (1916-1936) de plenitud creadora y humana: Juan Ramón vive en Madrid con Zenobia, disfruta del reconocimiento de los jóvenes poetas españoles y va publicando una serie de títulos -*Eternidades* (1918) y *La Estación total* (1923-1936) en los que busca recrear mediante el verso aquellos instantes en los que el poeta se ha sentido en comunión con la eternidad y la belleza, representadas casi siempre por imágenes tomadas de la naturaleza en plenitud.

3) Etapa americana (1936-1948): al estallar la guerra civil Juan Ramón y Zenobia marchan a Estados Unidos; allí residirán varios años, hasta que el poeta fija su residencia definitiva en Puerto Rico, en cuya universidad

dictará algunos cursos. Su poesía, que se va haciendo más hermética, llega a su culminación con el libro *Animal de fondo* (1948), surgido a partir del viaje por mar que efectuó a la Argentina. De nuevo el contacto con el inmenso oceano le lleva a un estado de éxtasis cuasi-místico en el que se siente fundido con ese conglomerado espiritual de eternidad/belleza/plenitud, al que Juan Ramón bautiza con el nombre de dios. Abundan pues los poemas -como el conjunto de *Dios deseado y deseante*- cuyo objetivo es describir el júbilo producido por la sensación de haberse unido por fin a ese dios inmanente y terrenal, identificado con todo lo bello.

4) Los años finales (1949-1958) registran la conclusión del largo poema *Espacio*, sucesión de recuerdos y sensaciones que salen a flote con la técnica de la asociación libre; el poeta vive con el recuerdo nostálgico de los momentos de éxtasis. Su último libro -*Ríos que se van* (1951-1953)- supone un homenaje lleno de amor a Cenobia, que ya entonces se hallaba gravemente enferma.

Juan Ramón fue también un excepcional prosista, como lo atestigua su libro más famoso (*Platero y yo*) o las agudísimas semblanzas de diversos personajes reunidas en *Españoles de tres mundos* (1942).

La novela en la Generación del 98

La novela del XIX respondía en líneas generales a una concepción estable del mundo y aspiraba a ofrecer una imagen ordenada y coherente de la realidad. Por el contrario en el siglo XX -como se advierte también en otras manifestaciones artísticas- la inseguridad del hombre en un mundo embarcado en profundas transformaciones, da lugar a relatos teñidos de angustia y de subjetivismo, apreciable en los rasgos siguientes:

- abandono de la estructura ordenada y lineal típica del Realismo por un modo de narrar en el que se producen frecuentes vaivenes cronológicos.

- frente a la novela decimonónica, que aspiraba a reflejar a una clase social, oficio o realidad geográfica, la novela moderna descansa sobre un protagonista individual que representa las aspiraciones regeneradoras del Modernismo o se convierte en exponente de la inseguridad del hombre en el mundo.

- en relación con lo anterior abunda el tipo de novela conocido en alemán como *Bildungsroman* o relato de formación, en donde se describe el proceso de formación o educación del protagonista.

- las descripciones del modelo realista que pretendían crear una ilusión de verosimilitud, dejan mayor espacio al diálogo y al contraste ideológico. La novela se convierte así en vehículo para el conocimiento y la formulación de ideas.

- frente al relativo descuido formal del narrador del XIX, los nuevos novelistas muestran -con ciertas variaciones- mayor preocupación por el estilo y la composición de sus relatos.

Suele considerarse el año 1902 como el punto de arranque de la renovación narrativa, porque en ese año se publican cuatro títulos emblemáticos: *La voluntad*, de Azorín; *Amor y pedagogía*, de Unamuno; *Camino de perfección* de Baroja y *Sonata de otoño*, de Valle Inclán, todos ellos ubicados dentro de la llamada Generación del 98. A continuación repasaremos las características del arte de novelar propio de los miembros

de ésta y de las generaciones sucesivas.

Para los miembros de la Generación del 98 el género narrativo se convierte en instrumento idóneo para llevar a cabo la tarea de regeneración del país que figuraba entre sus principales objetivos. Por ello sus novelas -entre las que se encuentran títulos que se han convertido en clásicos de las letras españolas- exploran la realidad nacional, buscan la raíz histórica y social de sus males presentes o se acercan tipos representativos del carácter hispano. Estos son sus nombres representativos:

Miguel de Unamuno trasladó a la novela buena parte de las preocupaciones que dieron cuerpo a sus ensayos y tentativas dramáticas. En este sentido los sucesos que narra son reflejo de sus inquietudes religiosas (*San Manuel bueno, mártir*) o existenciales (*Niebla*). Se acercó también a un defecto nacional muy pregonado por los del 98 como la envidia (*Abel Sánchez*) y a cuestiones tan relevantes como el sentimiento de la maternidad (*La tía Tula*) o los inconvenientes de una educación exclusivamente racionalista (*Amor y pedagogía*).

En cuanto a la estructura, las novelas de Unamuno se construyen en torno al protagonista que representa la idea que el autor quiere someter a debate a lo largo del relato; así pues se presta mayor atención a los diálogos que a la ambientación y el marco temporal, presentados siempre de forma esquemática. Desde el punto de vista estilístico se reducen al mínimo las descripciones, centrándose la acción en debates o monólogos de gran densidad conceptual, expresados con un lenguaje preciso en el que a menudo se trata de recuperar el sentido primitivo de las palabras. Consciente de la novedad que suponía esta manera de novelar, Unamuno inventó para sus relatos el nombre de *novelas*, afirmando así su libertad creadora frente a los reproches de la crítica.

Pío Baroja (1872-1956) forma con Cervantes y Galdós el trío de los más grandes narradores españoles, no sólo por la cantidad de sus obras -casi un centenar de títulos- sino por la calidad de algunos de ellos. Para entender la narrativa barojiana, conviene partir de sus ideas sobre el género que expuso en numerosas ocasiones y en donde defiende la amenidad y el espontáneo *fluir* de los acontecimientos como elementos esenciales de la novela. Así en sus imprescindibles *Memorias* afirmaba el escritor vasco:

“Para mí, en la novela y en todo el arte literario, lo difícil es el inventar; más que nada, el inventar personajes que tengan vida y que nos sean necesarios sentimentalmente por algo. La imaginación, la fantasía, en la mayoría de los hombres constituyen un filón tan pobre, que cuando se encuentra una veta abundante produce asombro y deja maravillado. El estilo y la composición de un libro tienen importancia, claro es; pero como son cosas que se pueden mejorar a fuerza de trabajo y de estudio, no dan esa impresión fuerte y sugestiva de la creación intuitiva”.

Fiel a estos principios Baroja -que a menudo organizaba su producción narrativa en grupos de tres novelas agrupadas por un tema común- parte en sus novelas de una observación de la realidad, en muy variadas manifestaciones:

- Madrid en sus distintos ambientes y clases sociales (*Trilogía de La lucha por la vida*)

- Ciudades europeas que él conoció (Trilogía de *Las ciudades*)
- El País Vasco y las tareas del mar (Trilogías *Tierra vasca* y *El mar*)
- Las guerras carlistas y la historia española en el siglo XIX sirven de fondo a la serie titulada *Memorias de un hombre de acción*, integrada por 22 novelas.

- Conflictos existenciales de un individuo sensible en la España de la época (*El árbol de la ciencia*, *Camino de perfección*).

Por lo que respecta a la composición del relato la narrativa de Baroja (cuyo objetivo supremo era entretener al lector) se caracteriza por estos rasgos:

- novelas centradas en un personaje -activo y dominador o pasivo y sin voluntad- a través del que nos introducimos en los distintos ambientes.

- acción y diálogos abundantes, mediante los cuales se exponen variadas concepciones del mundo. Como contrapunto aparecen de vez en cuando una especie de remansos líricos, en donde se manifiesta de forma magistral el carácter romántico y sensible de autor. Es el caso del *Elogio sentimental del acordeón*, que más adelante comentaremos.

- fuerte presencia del autor implícito, lo que permite a Baroja expresar con frecuencia sus muy personales ideas filosóficas, literarias y políticas.

- descripciones impresionistas a base de pequeñas pinceladas o unos pocos detalles físicos y psicológicos para describir a los personajes.

- cierto desaliño expresivo -exagerado por sus críticos- que para nada entorpece la lectura de sus novelas. No olvidemos que para Baroja todo debía subordinarse a la exactitud y la claridad.

José Martínez Ruiz, Azorín, destaca en la literatura española del siglo XX como gran renovador de la prosa descriptiva; sin embargo escribió dos novelas esenciales para entender el espíritu del 98: *La voluntad*, donde trata el tema de la abulia como uno de las principales lacras de la sociedad española; y *Confesiones de un pequeño filósofo* (1904) en la que frente a los males nacionales se aboga por un refugio en la propia subjetividad. Más adelante con *Don Juan* (1922) y *Doña Inés* (1925) se inspira en los famosos protagonistas de la obra dramática de Zorrilla para componer sendas novelas en las que una mínima acción deja paso a la morosa evocación de sensaciones y sentimientos.

La producción narrativa de **Ramón del Valle Inclán** (1866-1936) sigue la misma evolución cronológica, estética e ideológica que su creación dramática.

- A la primera fase modernista corresponde el ciclo de las Sonatas (*Sonata de otoño*, *Sonata de estío*, *Sonata de primavera* y *Sonata de invierno*) cuatro novelas que se presentan como las memorias galantes del Marqués de Bradomín, hidalgo gallego que se autodefine como un donjuán "Feo, católico y sentimental". El conjunto, además de una incomparable muestra de prosa rítmica y sonora, muestra el afán del autor por romper con la ambientación realista y la moral burguesa.

- Dentro del ciclo de las Comedias Bárbaras cabe situar la trilogía narrativa agrupada bajo el rótulo de *La guerra carlista*, donde se percibe ya mayor interés del autor por cuestiones políticas: en este caso la exaltación del mundo religioso tradicional de los carlistas frente al progreso

liberalizador representado por las tropas isabelinas.

- A los dominios del Esperpento pertenece la cumbre de la creación literaria valleinclaniana: *Tirano Banderas* (1926), grotesca aproximación a una república hispanoamericana gobernada por un tirano, cuya disparatada figura servirá de origen a una modalidad narrativa de enorme éxito en las letras hispanoamericanas: las novelas de dictador. Experimentación verbal, crítica despiadada y escasa acción narrativa se juntan en la trilogía *El ruedo ibérico*, esperpéntica visión del reinado de Isabel II, que culmina con la revolución de 1868.

En el campo del ensayo destaca la labor de **Ramón Menéndez Pidal** (1869-1968) como investigador de la historia, la literatura medieval y los orígenes de la lengua española se completó con la fundación del Centro de Estudios Históricos, de donde salieron varias promociones de eminentes filólogos e historiadores. El propio don Ramón escribió a partir de los años cuarenta importantes ensayos de interpretación histórica; sin embargo resultó especialmente significativa la polémica en torno a la identidad esencial de la nación española que mantuvieron dos de sus mejores discípulos, ambos exiliados.

El Novecentismo

Por último, para acabar de comprender a esta generación, nada mejor que compararla con la inmediatamente posterior, cuyos miembros vivieron en convivencia estrecha y recibieron no pocas influencias -en positivo y en negativo- de los del 98: se trata de El Novecentismo.

También en este caso fue Azorín quien acuñó este término en 1914 para designar a una nueva generación de escritores, a los que consideraba mejor preparados científicamente que los del 98 para las tareas intelectuales. Cabe pues situar al novecentismo entre 1914 y 1930, cuando las vanguardias van cediendo el paso a la literatura comprometida que precede a la guerra civil.

Hay quien considera a esta generación como la más importante desde el punto de vista intelectual en la moderna historia de España. Entre sus integrantes su cuentan cultivadores de las distintas ramas de la literatura y el humanismo: el filósofo José Ortega y Gasset representaría el papel de guía e inspirador de un grupo en el que figuran novelistas (Ramón Pérez de Ayala y Gabriel Miró), historiadores (Claudio Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga), filólogos (Américo Castro), científicos (Gregorio Marañón) y políticos (Manuel Azaña); además de la polifacética personalidad de Ramón Gómez de la Serna, vinculado luego a las vanguardias o Eugenio D'Ors, fundador y figura prominente del paralelo "Noucentisme" catalán.

Veamos los rasgos que individualizan a los novecentistas, también conocidos como Generación de 1914:

- Rigor intelectual, búsqueda de la especialización, interés por estar al tanto de las novedades científicas y literarias que se producen en el extranjero.

- Deseo de reformar la sociedad no mediante el irracionalismo o el refugio en la intrahistoria -como sugerían los del 98- sino a través de medidas concretas. Eso les llevó a apoyar el advenimiento de la República, por la que trabajaron activamente Ortega, Marañón y Pérez de Ayala.

- Defensa del papel de las minorías egregias en la conformación de la

sociedad, al tiempo que rechazan el apasionamiento de las masas. Defienden lo europeo y urbano frente a lo rural y castizo. Contraponen lo universal a lo local; en el ámbito de la política, son partidarios de una revolución desde arriba, al estilo del despotismo ilustrado.

- En el terreno artístico se inclinan por la obra bien terminada y el arte puro, lo que implica alejamiento del sentimentalismo o el ensimismamiento de algunos noventayochistas. Se busca el placer estético con un lenguaje pulcro y exacto, al margen de la espontaneidad de Baroja o del casticismo unamuniano.

Pero volviendo a los viejos nombres del 98, cabe afirmar que dentro de otros cien años, para el 2098 -si es que sigue el mundo- aquellos escritores permanecerán y ello se debe, en mi opinión, a que en sus páginas podemos satisfacer lo que yo considero las tres funciones permanentes y esenciales de la Literatura:

- Nos entretienen
- Trazan una imagen cabal y genuina de su tiempo
- Ayudan a conocernos mejor a nosotros mismos, a través de sus reflexiones sobre la naturaleza humana.